

«Vista de Cádiz en 1795»,  
grabado de Tomás López  
Enguídanos, Biblioteca  
Nacional de España.



## CIUDAD DE DESTINO

### Prólogo a la nueva edición

Por muy escondida que un autor tenga su vanidad, siempre le satisface contemplar la reedición de un libro propio. En este caso, transcurridos una buena serie de años, solo cabe atribuirlo a la generosa ocurrencia de unos editores amigos que se han propuesto así desafiar el destino natural que aguarda a toda obra impresa. Se han empeñado, pues, en desempolvar unas páginas descoloridas, que se habían hecho ya acreedoras de un comprensible olvido. Como disculpa, cabe pensar que con esta reedición no han pretendido recuperar un libro sino la posibilidad de rescatar y vivificar, con su lectura, una época llena de plenitud en la ciudad de Cádiz. Unas décadas que conviene tener siempre presentes y bien iluminadas. Y este libro, a pesar de sus carencias, puede cumplir de nuevo la función de alumbrar la fuente de aquellos llamativos acontecimientos. Porque lo sucedido allí, en aquel siglo, a caballo entre el XVIII y el XIX, fue primordial no solo para los gaditanos, tuvo gran repercusión también en los demás territorios españoles. Por tanto, debe ser recordado, una y otra vez, como modelo de sociabilidad y convivencia, al haber impulsado ideas y formas políticas que se transmitieron luego por todo el país. Esta es la razón que justifica que se publique de nuevo esta obra: con sus datos e interpretaciones el lector puede acercarse mejor a décadas tan pródigas y transitar de manera más articulada por sucesos expuestos a quedar aislados. La obra no aporta noticias históricas, artísticas, o sociales, que no fueran conocidas, pero sí se sugiere, a través de la técnica del paseo ensayístico, un discurso unificador que vertebra y da sentido a las existentes.

Cuando escribió este libro, su autor pensaba que debía ser preceptivo, obligatorio, como un reto, que cada cierto tiempo un nuevo enfoque alumbrara aquel pasado gaditano, descubriendo matices, atando cabos sueltos, enlazando personajes y episodios antes dispersos, vinculando escenas de la vida mercantil y doméstica con el gusto por el arte y las creencias políticas. Si la ciudad logró reunir, durante aquellos años, tantas vivencias estimulantes, convendría que cada generación posterior las recordara. Es decir, que cada quince o veinte años, alguien se sintiera llamado a confrontarse de nuevo con ellas, recobrarlas, celebrarlas y expandirlas con nuevas lecturas provocadas por los cambios de mentalidad. La voluntad de responder a este compromiso presidió la escritura de este *Cádiz romántico*, que igualmente, con la misma justificación, podía haberse llamado *Cádiz ilustrado* o *liberal*. Porque todas estas adjectivaciones encajan con los rasgos que se pretendían analizar, destacar y exaltar de la ciudad. Ilustración, liberalismo y vida romántica, formaron una trabada saga que en esta tierra y en aquella época cobró cuerpo y continuidad como en pocas otras partes de España. Mostrar el engarce modélico, pedagógico, que esos tres movimientos consiguieron en la ciudad fue uno de los propósitos de estas páginas.

También podría preguntársele al autor *cómo y por qué* preparó este libro. Y en este proceso de creación habría que situar en primer plano la imagen de una deslucida carpeta de cartón en la que empezaron a amontonarse un tanto anárquicamente fichas, notas y folios redactados. Materiales, referencias, nombres, sucesos y escritos en géneros literarios diversos, pero todos elegidos con un mismo afán y deseo: comprender y explicarse la ciudad en la que este autor se embarcó, en 1980, para ejercer su labor en la universidad que por entonces se abría. Para alguien interesado por los siglos XVIII y XIX, en Cádiz perduraba un escenario elocuente y acorde para llevar a

cabo un *trabajo de campo* que pretendiera, desde dentro, conocer, leer, incluso volver a pisar y medir las huellas dejadas por aquellos dos siglos. Huellas expresivas que, por fortuna, aún no se habían petrificado: peligro al que escapan pocas ciudades históricas. En Cádiz permanecían repletos de vitalidad muchos rincones, con suficientes testimonios para facilitar la mejor ensoñación que un explorador de las letras pudiera reclamar. Para encontrar esos rincones había que desembarazarse, desde luego, del equipaje contemporáneo excluyente, desviar la mirada de lo inmediato y adentrarse, a través de la geografía de sus calles, en el umbral de un ayer todavía latente.

Todos los materiales escritos que proporcionó la indagación (tanto la directa, sobre el terreno, como la propiamente librería) se fueron superponiendo en la vieja carpeta, sin que apenas sospecharan esos papeles de qué conjunto iban a formar parte. Porque este libro fue concebido y montado *a posteriori*, a medida que la ciudad a fuerza de paseos y lecturas descubría las claves en que apoyarse para sustentar un andamiaje teórico que permitiera interpretarla. Porque no era una ciudad que se entregara al primer golpe de vista. No seducía por sus edificios deslumbrantes. Su arquitectura era modesta, pero todos los personajes admirados en tantos libros, periódicos, grabados y cuadros dieciochescos y decimonónicos habían transitado por sus calles, incluso Goya estuvo por allí recluido y pintando en la casa de un arraigado comerciante. Haydn, desde la lejanía, le consagró una de sus más sentidas piezas. Las mayores ilusiones políticas modernas se incubaron en los pulpitos secularizados de sus cortes. Aún existían las mismas casas que acogieron, tras una puerta, una bulliciosa imprenta, en otra, la redacción de una revista liberal, más allá, un café lleno de voces, prensa en todos los idiomas y abiertas tertulias, y no muy lejos un teatro italiano y otro francés. Y así, podría ampliarse el recorrido sin que descendiese el nivel de expectativas, colmando cualquier

fantasía predispuesta para revivir viejos tiempos. Y aún quedaban lugares que permitían sin apenas sorpresas traspasar el umbral de una época a otra, como aquellas tabernas en las que perduraban flotando, entre carteles, los ecos de las conversaciones de Alcalá Galiano, Quintana, Duque de Rivas, Martínez de la Rosa, Bartolomé José Gallardo y otros diputados doceañistas. Mientas que, en otras mesas cercanas, discutían flamencos y toreros empeñados en encarnar y difundir dos espectáculos populares que habían nacido y crecido en aquel mismo entorno y por los mismos años.

La admiración (aunque acompañada al principio de interrogantes) fue, pues, el motor inicial para investigar, escribir y organizar un material tan dispar. Se empieza por apreciar una ciudad (sobre todo, gracias a su pasado), se siente una palpable complicidad con ella, y como consecuencia nace también la obligación de justificar por escrito los motivos por los cuales atrae tanto. Se contribuye así a proyectar una nueva imagen que se superponga a las imágenes que habían dejado otros libros, pretendiendo de esta manera corregir las interpretaciones anteriores. A este respecto parecía adecuado modificar la visión que cierta historiografía española había impuesto de los episodios constitucionales de 1812. Dada la importancia política de éstos, se enaltecía lo ocurrido durante aquellos años dentro de las murallas gaditanas; sin embargo, se subrayaba de manera más o menos explícita que, en tan difícil logro, el papel de la ciudad había sido relativamente pasivo. Como si se hubiera tratado de un invitado, un convidado de piedra en una función teatral, en la que impuso una escenografía que le prestaba su privilegiado enclave geográfico. Mero receptáculo circunstancial, por tanto. Un espacio de acogida, un lugar abierto que, para que el constitucionalismo fructificara, dispensó abrigo a unos ciudadanos de fuera, políticos dispersos, refugiados de las calamidades de la guerra.

Frente a esta tendencia que consideró la celebración de las cortes liberales en Cádiz como un episodio fortuito y ocasional, se necesitaba otra visión, en la que el triunfo liberal doceañista representase la culminación de un proceso iniciado un siglo antes en la ciudad. Para explicar esta rompedora percepción había que organizar y articular, de otra manera y con otros criterios, los acontecimientos que antes habían sido analizados en ámbitos espaciales y temporales distantes y sin apenas conexión. Gracias a considerarlos como eslabones de una misma serie de circunstancias históricas, se pudo establecer una narración continua e hilvanada en la que elementos económicos, sociales, culturales y políticos —bien de la última parte del XVIII, bien de la primera del XIX— quedaban engarzados unos como precursores y otros como herederos. Esa operación narrativa exigía forzar las dependencias entre unos y otros sucesos hasta obtener la trabazón, más o menos idealizada, del argumento que cualquier pasado requiere para poder ser leído de manera consecuente.

El contar con una lectura de este tipo es lo que permitió a Arnold Toynbee en 1967 elegir las *Ciudades de destino* que figuraron en el libro así titulado. Resulta sorprendente que en el impulso que llevó a estas ciudades a conseguir el estatuto concedido por Toynbee, además de ser «conscientes de tener una intensa vida social corporativa», apareciese también repetidamente, como en el caso gaditano, el azar de unas circunstancias históricas imprevisibles, pero que luego se convirtieron en propicias como elemento movilizador y de consolidación de su carácter. ¿Qué sucedió, pues, en estas ciudades, convertidas en paradigmas, para encarnar un destino propio y ejemplar? Sencillamente, según la perspectiva utilizada por el historiador inglés, surgieron unos hombres de letras que, gracias a su empeño, supieron transformar los *documentos* en *monumentos*.

También en aquellas *ciudades de destino* se había partido de trazas, huellas dejadas por acontecimientos dispersos, para edificar conjuntos social y políticamente articulados que fueron iluminados, gracias a las palabras de los libros, como modelos de su época. Aquellos hombres entregados a la escritura se permitieron agrupar lo aislado y establecer relaciones; constituyendo, pues, con documentos mudos y con piezas inertes e individuales un discurso histórico vivificado, colectivo y creíble para la posteridad. Gracias a esta fisonomía puesta de relieve durante el transcurso vital de una población, pero también por la voluntad decidida de los investigadores y escritores se consigue que un «destino acabe por volverse necesario». Por ejemplo, si se escribe que el liberalismo político de la segunda década del siglo XIX afloró en Cádiz por un voluntarioso y denodado empeño local, no será creíble, pero si se le expone como la consecuencia de una situación durante la cual se fue reclamando el libre acceso al comercio de Indias, ruptura con los monopolios y juego de competencia, ya resultaba su advenimiento gaditano más comprensible y justificado.

Siguiendo este mecanismo, a través de los siglos, una serie de constructores *literarios* han proporcionado el material necesario para que unas ciudades pudiesen encarnar un momento histórico pleno o un acontecimiento significativo. Su trabajo consistió, pues, en que los hechos no resultasen gratuitos o fortuitos, sino que tuvieran «una causa, una causa indefectible, que esperaba escondida entre los pliegues de los días». Walter Benjamin concebía el pasado como un proyecto que quedó inacabado y, por tanto, reclamaba una mirada crítica que pudiera liberarlo. Pero no de una manera pasiva sino planteando con la memoria un combate que permitiera sacarlo a relucir de nuevo.

Y precisamente esta labor crítica fue acometida por unos investigadores, en una bien trabada labor de equipo, en el Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Cádiz que,

desde la perspectiva de comienzos del siglo XXI, se plantearon el reto de recuperar la memoria inacabada del entorno gaditano desde la ilustración al romanticismo. Han puesto todo su esfuerzo en comprender y explicar, sin nostalgia ni idealizaciones, las claves de lo sucedido entonces como si se tratase todavía de un presente afectivo y próximo. Por ello a Marieta Cantos Casenave, Alberto Romero Ferrer y Fernando Durán López, fue dedicado el libro en la edición anterior. Dedicatoria que mantiene todos los motivos para permanecer, porque en ellos la amistad y la investigación continúan fructificando para alumbrar el pasado con sus escritos tal como pedía Benjamin. Sin esos tres nombres, sin su estímulo, ejemplo y amistad (hay que repetirlo de nuevo) este libro que ahora se reedita no hubiera cobrado cuerpo. Tampoco debo olvidar el papel jugado en los momentos fundacionales del Grupo por Cinta Canterla González y Beatriz Sánchez Hita. Este *Cádiz romántico* es, pues, una modesta pieza en ese literario papel de *ciudad de destino* que entre todos hemos inventado para Cádiz. Porque sus calles fueron el mejor medio para transitar de la ilustración al romanticismo, estimulados por una mentalidad liberal.

ALBERTO GONZÁLEZ TROYANO,  
mayo de 2020



Baluarte de Candalaria

Alameda

Puerta de S. Carlos

Puerta de Sevilla

Plataforma de la Cruz

Puerta de la mar

Trazado de Cádiz en 1812.

## EN LA TRADICIÓN DEL PASEO LITERARIO

El recurso al paseo literario tiene ya larga vida. Aunque se incubara antes, se impuso en el siglo XVIII como fórmula apropiada para un determinado tipo de enfoque narrativo, y pasó a convertirse en recurso frecuente en la época romántica, contando todavía con algunos testimonios en el primer tercio del siglo XX. A partir de entonces sus manifestaciones ya adquieren un cierto aire de rareza.

El paseo literario,<sup>1</sup> frente al libro de viajes, se originó para dar cuenta de un objetivo y de un horizonte más bien cercano, limitado y familiar para el narrador. Resultaba idóneo para abarcar el trasiego y el entramado de una ciudad. Además el paseante, al no estar motivado por ese afán de nuevos conocimientos que movilizaba al viajero, no buscó tanto descubrir como degustar algo ya conocido. Y con mirada de complicidad orientaba sus pasos de manera selectiva, para reencontrar sólo aquello que le permitiera configurar un itinerario acorde con la imagen que, a través del paseo, quería hallar y ofrecer.

Por ello mismo, si entre los atributos del viajero suele figurar la búsqueda de la sorpresa y la aventura, en la mirada del paseante prevalecía más bien un deje melancólico, como la de aquél al que ya era suficiente ver el color de las aguas remansadas para recordar lo que fueron antes cauces turbulentos. En el paseante había, pues, más de recuperación que de descubrimiento, se

---

1. Aparte de la copiosa serie de manifestaciones extranjeras, el modelo narrativo del paseo encontró en España un buen número de cultivadores, como Velázquez Echeverría con sus *Paseos por Granada*, de 1764; los *Nuevos paseos históricos, artísticos, económico-políticos*, de Simón de Argote, publicados en 1807; los *Paseos por Córdoba*, de Teodomiro Ramírez de Arellano, editados entre 1873 y 1877.